

VOLUMEN 13: UNA TOMA DE CONCIENCIA

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Cuatro veces trece, en las cuentas de años del hombre náhuatl, era suma de tiempo, cuando al fin se hacía la atadura, xiuhmolpía, "se ataban los años". Los numerales del 1 al 13 habían encaminado ya a los cuatro distintos signos de los años. Y también, en términos del tonalpohualli, la cuenta de los destinos, el conjunto de los días se distribuía en grupos de trece días cada uno. Nuevamente, en forma cuatripartita —cuatro veces cinco grupos de 13 días— llevaban al completamiento de un tonalpohualli. Trece eran además, en el pensamiento de ciertas escuelas de sabios, los pisos o travesaños celestes...

Aquí y ahora, 13 es el número que corresponde a este volumen de Estudios de Cultura Náhuatl. La serie, hay que reconocerlo, no ha tenido en rigor fecha fija de aparición: desde el primer número hemos repetido que se trata de una publicación eventual. Por primera vez vio la luz en 1959. A partir de entonces, en la mayoría de cada uno de los años apareció un nuevo número. Excepción fueron 1961, 1964, 1968, 1970, 1973 y 1975. Cuando en el primero de los volúmenes, hace dieciocho años, el padre y doctor Ángel María Garibay K. y quien esto escribe echamos el fundamento de esta publicación, el maestro expresó, entre otras, las siguientes palabras:

...tenemos la intención de que sea ésta una publicación en serie. Cada vez que halla número suficiente de trabajos, cada vez que halla posibilidad económica de darlos a la prensa, aparecerá un volumen, más o menos como los dos primeros que ahora se publican, éste y otro que seguirá en breve. Si tal fuera la suerte que no se realizaran las dos condiciones indicadas, quedarán como huérfanos estos dos. No es probable que suceda así.

El buen augurio se hizo verdad, no quedaron huérfanos esos dos volúmenes y, con el que ahora se entrega, llegamos ya a la trecena. Si fue este número tan significativo en los cálculos del tiempo del

hombre de Anáhuac, número en ocasiones mágico y cifra impredecible en sus cuentas, se ocurre pensar que, también para nosotros, es éste momento oportuno para hacer aquí una forma de recuento. ¿Cuál ha sido la tarea realizada mientras han ido saliendo estos trece volúmenes de Estudios de Cultura Náhuatl? Puesto que hacer historia es buscar la significación del tiempo, de aquello que en él ha ocurrido, hagamos un poco de historia.

Correspondió a Ángel María Garibay K. y al suscrito establecer, en febrero de 1957, el Seminario de cultura náhuatl, afiliado al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional. Para ello se contó con el apoyo de los doctores Nabor Carrillo Flores, Efrén C. del Pozo y Pablo Martínez del Río, los dos primeros, respectivamente, rector y secretario general de la Universidad y el último director del ya citado Instituto. Coadyuvo también en la realización de los propósitos del nuevo Seminario Enrique González Casanova, a la sazón director general de publicaciones de la Universidad. Pasos iniciales fueron la creación, a partir de 1957, de un curso de Introducción a la cultura náhuatl, en la Facultad de Filosofía y Letras, tarea a mi cargo, así como la aparición, en 1958, de las dos primeras publicaciones del Seminario, ambas dentro de la serie Fuentes indígenas de la cultura náhuatl: Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses, textos de los informantes de Sahagún, 1, edición de M. León-Portilla y Veinte himnos sacros de los nahuas, textos de los informantes de Sahagún, 2, edición de Ángel María Garibay K. Este último continuaba atendiendo a un selecto número de estudiantes, como asesor en la preparación de sus respectivas tesis.

A lo largo de cerca de veinte años, en el curso de Introducción a la cultura náhuatl, varios centenares de estudiantes se han acercado al conocimiento de las instituciones y de la herencia de literatura y pensamiento prehispánicos. Del gran conjunto de quienes han concurrido a esos cursos, se han destacado algunos, que hoy son ya investigadores y maestros. Si tuve la fortuna de recibir de Ángel María Garibay K., hasta el tiempo de su muerte, el 19 de octubre de 1967, lecciones de su amplio y hondo saber, me ha correspondido, en paralelo, participar asimismo en la requerida trasmisión de conocimientos. He coadyuvado así en la formación de quienes prosiguen en la nunca terminable tarea de la indagación histórica, referida a las raíces culturales indígenas. En mis cursos comenzaron a prepararse —y algunos asistieron a ellos por varios años— estu-

diantes, hoy investigadores, de orígenes distintos. Mencionaré a algunos: Birgitta Leander, Rudolf van Zantwijk, Alfredo López Austin, Thelma Sullivan, Roberto Moreno de los Arcos, Jacqueline de Durand Forest, Víctor M. Castillo, Josefina García Quintana, Francisco Javier Noguez, Mercedes de la Garza, Karen Dakin, Selma Anderson, José Rubén Romero y Jorge Klor de Alva.

Conviene señalar aquí que, a partir de 1965, se modificó la estructura del Seminario de cultura náhuatl. Sus publicaciones quedaron del todo integradas, en sus correspondientes series, como ediciones del Instituto de Investigaciones Históricas. En cuanto a la docencia, se ampliaron las actividades ya que el propio Seminario, a nivel de posgrado, desarrolló asimismo desde entonces sus tareas, a la par que otros Seminarios, en la Facultad de Filosofía y Letras.

Las publicaciones quedaron distribuidas en dos series: una, la de monografías y fuentes para el conocimiento de la cultura náhuatl; otra, la de Estudios de Cultura Náhuatl. En la primera se ha contado con la colaboración de los siguientes investigadores, que han publicado una o más obras: Ángel María Garibay K., Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Fernando Anaya Monroy, Alfonso Caso, Friedrich Katz, Mauricio Swadesh, Víctor M. Castillo, Claude Nigel Davies, Thelma Sullivan y Fernando Horcasitas. Sus trabajos han versado sobre visión del mundo, pensamiento religioso, derecho prehispánico, gramática náhuatl, toponimias, calendario indígena, organización social y económica, lingüística nahua, teatro nahua y diversos periodos históricos. Paralelamente han aparecido los volúmenes de fuentes documentales, en ediciones bilingües, náhuatl-castellano. En ellos se ha dado cabida a varias secciones de los Códices Matritenses y a las recopilaciones de cantares y poemas mexicanos. En conjunto, han visto la luz, en esta primera serie, veinticinco volúmenes, varios de los cuales han sido objeto de reediciones, y, en algunos casos, de traducciones a lenguas extranjeras.

Respecto de Estudios de Cultura Náhuatl, conviene destacar que, hasta el tercer volumen inclusive, actuamos como únicos editores el doctor Garibay y yo. Posteriormente colaboraron con nosotros, en calidad de coeditores, Demetrio Sodi (volumen IV), Alfredo López Austin (volúmenes V a XII) y Víctor M. Castillo (volúmenes X a XII). Conviene también recordar que, al aparecer el volumen XI, se ofrecieron, como alcance al mismo, los índices y el elenco de autores de los trabajos publicados en los diez primeros números. Quienes se encargaron de esta tarea, Víctor M. Castillo y

Roberto Moreno, dejaron allí registradas 146 aportaciones, debidas a investigadores, muchos de ellos formados en el propio Seminario de cultura náhuatl y otros, también de México, y de las dos Alemanias, España, Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra y Venezuela. Con lo publicado en los siguientes volúmenes, incluyendo éste, con el que se llega a la trecena, el número de contribuciones se eleva a cerca de 200. De dos países más se han recibido trabajos estimables: Bélgica y Guatemala.

Hacer cuentas y recuentos, con ocasión de haber alcanzado una primera cuenta de trece, es intento de tomar conciencia de lo que ha podido realizarse. No nos corresponde formular juicios de valor. Hacer recordación de aquello que se ha realizado, lleva, de un lado, el propósito de expresar aquí reconocimiento y gratitud a quienes han contribuido, con su propio trabajo, o han ayudado con generosidad, en esta sostenida empresa. Antepongo el nombre de Ángel María Garibay. Quiero reiterar el testimonio agradecido por cuanto debemos, y personalmente debo, al maestro. Ya he mencionado también a quienes propiciaron la iniciación de estos trabajos, Nabor Carrillo Flores, Efrén C. del Pozo, Pablo Martínez del Río y Enrique González Casanova. Volviendo la mirada al presente, creo de justicia expresar que, asimismo, siguen concediendo total apoyo a estas investigaciones las actuales autoridades universitarias. De modo muy especial, la gratitud se dirige al personal técnico del Instituto de Investigaciones Históricas, sobre todo a Guadalupe Boronio y a Maruja Valcarce que han tenido a su cuidado varias de las ediciones sobre cultura náhuatl.

La labor iniciada hace poco más de veinte años, el cumplimiento de una trecena de volúmenes en esta serie de Estudios de Cultura Náhuatl, lo alcanzado en las investigaciones, en que han participado tantos colegas y amigos, lejos de provocar vana satisfacción, se torna en nuevo incentivo para continuar con la tarea emprendida. Como en los viejos códices la llegada de un periodo de tiempo marca el momento de la entrega de una carga de significaciones, también aquí veintenas y trecenas son augurio de renovadas formas y mayor ahínco en la indagación acerca de la alta cultura y la civilización de Anáhuac.